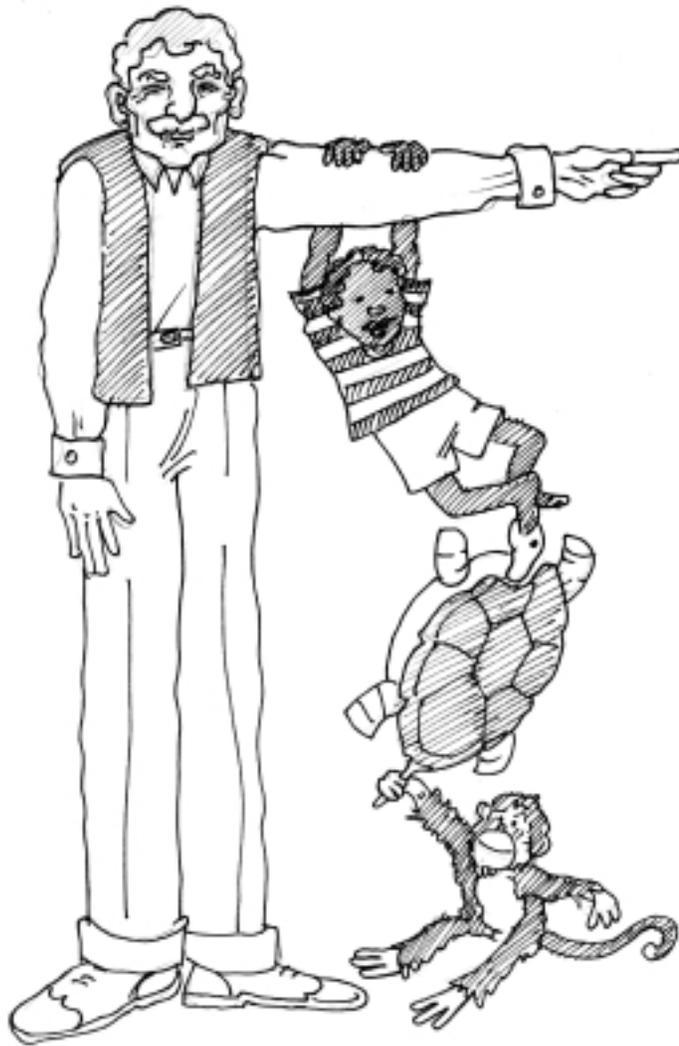


SEMBLANZA

Joaquín Gutiérrez, amanuense de su pueblo

Arnoldo Mora Rodríguez*



Por una insólita pero significativa coincidencia o, si se quiere, por una de esas extrañas jugarretas que acostumbra hacer el destino, al concluir el milenio también termina su trayectoria física uno de los más grandes escritores que ha dado Costa Rica, Joaquín Gutiérrez Mangel. Joaquín, cuya estatura corporal nos recordaba más a un jugador de básquetbol que a un hombre de letras, fue aun más grande en su proyección cultural no solo dentro de las fronteras de su país natal sino también más allá, mucho más allá de ellas. Con su obra y su trayectoria, Joaquín llenó todo un siglo de modo que, ahora que frente a su muerte y ya adentrados en el nuevo siglo, osamos hacer un balance

* Dr. en Filosofía de la Universidad de Costa Rica

siquiera sea provisional y sujeto a posteriores revisiones críticas, de lo que ha sido el siglo XX en todos los campos, podemos decir que, si se habla de literatura costarricense, el primer nombre que aflora en nuestra memoria y en nuestro corazón, es el de Joaquín Gutiérrez.

Para corroborar lo dicho, podríamos empezar por partir de los datos cuantitativos. Las cifras son elocuentes: Joaquín Gutiérrez es el escritor nacional de más proyección internacional. Sus obras han sido traducidas a doce lenguas, sus libros han vendido cerca de dos millones de ejemplares dentro y fuera del país, su novela infantil *COCORI* es considerada un clásico de la literatura universal en su género, ha sido llevada al teatro -lo mismo que otras obras suyas como *PUERTO LIMÓN*- y se ha convertido en guión de radioteatro y televisión. Su novela *MURÁMONOS FEDERICO* es, en mi opinión, la mejor en su género que se ha escrito en Costa Rica y es considerada como una obra maestra de la narrativa hispanoamericana. Es por eso que sus libros siguen siendo favoritos del público costarricense hasta el punto de que se consideran de imprescindible lectura en escuelas, liceos y universidades de nuestro país, generación tras generación.

En cuanto a su lugar en la historia cultural de Costa Rica, Joaquín Gutiérrez ha sido el último representante de la edad de oro de las letras nacionales, la llamada "Generación de los 40", en morir. Mérito histórico de esta generación de gigantes de nuestra cultura, es haber sacado a Costa Rica del aldeanismo, de un regionalismo identificado con el nacionalismo sin más, pero, en realidad, profundamente dominado por el costumbrismo, cuyos méritos, por lo de, nadie puede negar si sabemos situarlo dentro de su con-

texto histórico. Y, para no ser injustos, tampoco podemos pasar por alto los meritorios intentos modernistas, cuyos indiscutibles logros en el campo de la lírica son significativos para nuestra historia literaria. Pero a fuerza de ser sinceros, hemos de reconocer que la novela, el género literario que exige mayor madurez, solo logra su plenitud con la generación de los 40.

Por eso, dada su condición de último sobreviviente de esa generación, cuyos miembros se han convertido en los "clásicos de nuestras letras", la muerte de Joaquín Gutiérrez se convirtió espontáneamente en un verdadero duelo nacional por lo que, con justísima razón, la Universidad Nacional, gracias a una iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras, inauguró el Año Académico 2001 rindiéndole un más que merecido homenaje.

Cabe, entonces, preguntarse quién fue el hombre Joaquín Gutiérrez Mangel que se esconde tras sus inconfundibles páginas o, más exactamente, cuál fue la clave, el secreto, la piedra filosofal, el hilo de Ariadna que nos puede conducir a la comprensión más acertada de su polifacética personalidad y de su fecunda y trascendente obra. El interrogante es inocente tan solo en apariencia, pues en vida Joaquín Gutiérrez fue muchas cosas, dada su condición de trotamundos y su temperamento andariego que le hizo posible lograr una impresionante cultura universal y le dotó de una personalidad cosmopolita. Esto hizo de Joaquín una personalidad con múltiples facetas, como el diamante cuyo brillo resplandece con un matiz diferente según sea el ángulo en que se le mire y el rayo de luz que lo bañe.

Joaquín fue escritor de novela, ensayo, poesía, narración infantil; fue cronista, profesor y maestro de talleres literarios y de ajedrez, periodista y

analista político, traductor y, sobre todo, insigne conversador, tanto en tertulias privadas de amigos o discípulos, como en entrevistas de la prensa escrita y de la televisión. En todas esas facetas reveladoras de una desbordante personalidad, su enjuta figura de Quijote criollo con la enredada cabellera cana que lo delataba como intelectual y de la que brotaba una voz de barítono, contrastaba con su sonrisa pícaro de eterno niño y sus anécdotas deliciosamente narradas, hasta el punto de que, cada vez que uno hablaba con él o lo escuchaba en una charla, tenía la impresión de que estaba en proceso de escribir un cuento con el inconfundible sello de su talento personal de prestidigitador de la palabra, o como él se calificaba a sí mismo, como "obrero o artesano" incomparable de la palabra.

Para intentar descifrar el enigma de su riquísima personalidad, lo mismo que de la mayoría de los escritores de esa extraordinaria generación, solo cabe partir de la afirmación de que Joaquín ha sido en nuestras letras el más insigne representante de lo que Jean Paul Sartre llamó "la literatura comprometida" y que ha sido tan denigrada pero que, con ocasión de la muerte de Joaquín, debemos reivindicar hoy más que nunca.

Por "literatura comprometida" se entiende aquella corriente estética, política y filosófica que entiende el quehacer literario y creador en general como la expresión de una lucha que desborda lo puramente estético y apunta a realizar otros valores considerados superiores y sin los cuales el ser humano no merecería el calificativo de tal, como son la justicia, la libertad de los pueblos y de los individuos, por lo que, detrás de toda obra literaria de esta tendencia hay siempre un alegato en favor de la dignidad hu-

mana en todas sus dimensiones, especialmente de los sectores oprimidos.

La literatura comprometida puede verse bajo dos facetas: como denuncia de la violación de la dignidad humana, o como exaltación de aquellas luchas en que los oprimidos, individuos, sectores sociales o pueblos, logran romper cadenas y arrebatar sus derechos conculcados ante quienes los han oprimido.

Sin embargo, esta literatura no renuncia nunca al cultivo de la belleza literaria. No se trata de hacer propaganda ideológica, o en favor de un país o partido político determinados, aunque el escritor suele tener una adhesión explícita a un determinado movimiento político e, incluso, ostentar cargos en organizaciones de esta naturaleza.

Tal fue el caso de Joaquín Gutiérrez, razón por la cual no solo cultivó siempre las bellas letras sino que fue corresponsal de guerra en Vietnam y trabajó como reportero en agencias de noticias. Esto le permitió ser un testigo directo de los grandes eventos del siglo. Como otros grandes escritores de nuestro tiempo, García Márquez por ejemplo, también Joaquín Gutiérrez fue periodista destacando, tanto por la objetividad de sus informaciones, como por la hondura de sus análisis. Sus crónicas periodísticas son un modelo en su género por la galanura de su prosa y porque constituyen una fuente invaluable de información para el historiador.

Joaquín Gutiérrez fue siempre fiel a esta línea de pensamiento que representa toda una concepción de vida. Según su propio testimonio, desde su adolescencia profesó un visceral repudio a toda forma de opresión y una inculdicable solidaridad con las luchas de los pueblos por su liberación.



Así lo mostró con sus juveniles simpatías por la gesta patriótica de Augusto César Sandino, por su adhesión a la causa republicana en la Guerra Civil Española, por su repudio al nazifascismo durante la II Guerra Mundial, por su solidaridad con la Cuba revolucionaria y el Vietnam heroico y, finalmente, con su plena participación en el gobierno de la Unidad Popular en el Chile de Salvador Allende, donde dirigió la editorial del Estado encargada de difundir obras maestras de la literatura en los sectores populares con un éxito extraordinario.

Pero más allá de esas manifestaciones inequívocas de su compromiso político militante, Joaquín Gutiérrez tuvo clara conciencia de lo que significaba su compromiso con las mejores causas de los pueblos en el siglo que le tocó vivir. Concibió su rol de escritor, no como un acto de narcisismo individual, sino como la expresión de su total identificación con su pueblo, entendiendo por tal la Patria chica que lo vio crecer y jugar de niño (la región caribeña de Costa Rica), la Patria suya de nacimiento (Costa Rica) lo mismo que su Patria de adopción (Chile), la Patria Grande de Bolívar y Martí (los pueblos de América Latina) y, finalmente, la humanidad entera en su incesante lucha por su plena liberación. En cada ser humano amó a la humanidad entera, en cada lucha de un pueblo donde quiera que fuera encontró motivos de esperanza y razones para la solidaridad.

Fue el costarricense más cosmopolita y trotamundos, pero siempre llevó dentro de sí un amor ineludible por su Limón de infancia, al cual cantó como nadie lo ha hecho con su talento incomparable y su corazón de poeta. Fue precisamente en la gesta heroica de la huelga bananera de Limón de 1934 donde encontró la ins-

piración para su obra maestra MURÁ-MONOS FEDERICO y en donde se expresa con más vehemencia patriótica su indignación ante los enemigos de la Patria. En el siguiente texto se retrata Joaquín Gutiérrez de cuerpo entero: "Y, por último, lo que no debería olvidar nadie, nadie al que todavía le quede un poquito de patriotismo o de decencia, es que estos cuatro potreros alrededor de cinco volcanes se llaman todavía Costa Rica. ¡Todavía no se llaman Costa Rica & Company Incorporated! ¿Ven? Y ahora espero que por fin... O todavía no? ¿Me entendieron o no? Y qué bueno que el señor Solera se puso por fin colorado. Ya me estaba dando susto verlo tan pálido." (Editorial Costa Rica, San José, 1986, 8va.ed., p. 45).

Es por todo eso que Joaquín Gutiérrez se consideró a sí mismo tan solo como un amanuense de su pueblo. No fue un individuo sino una multitud. Por su boca habló un pueblo entero, en sus páginas se reflejan y se expresan de manera incomparable las luchas más altas y nobles de todo un siglo. Su vida ha sido el testimonio fiel de las gestas históricas de la humanidad en estos dramáticos tiempos.

Pocos como él han hecho suyas aquellas ideas expresadas por Unamuno en sus ensayos sobre el Quijote cuando dice que Miguel de Cervantes no escribió el Quijote sino que fue el pueblo español; a Cervantes solo le cupo el honor de prestar su mano, aquella que no había perdido en la Batalla de Lepanto, para que el pueblo español se contara a sí mismo los relatos que componen las páginas de su obra maestra. Por su parte, Augusto Roa Bastos, en su magistral novela YO EL SUPREMO, dice que la grandeza de un escritor consiste en ser tan solo, pero ni más ni menos, que el amanuense de su pueblo. El pueblo griego

llamado Homero, dice el escritor paraguayo, escribió la Iliada, el pueblo hebreo hizo otro tanto con la Biblia. Escribir no es más que verter en palabras las gestas heroicas de su pueblo y expresar los mejores valores de su época.

Finalmente podemos decir que en las páginas y en la vida de Joaquín Gutiérrez se siente todo nuestro pueblo expresado; él se identificó con su pueblo, por eso el pueblo entero lo ha hecho suyo. He ahí el secreto de la grandeza de Joaquín Gutiérrez Mangel: ¡haber sido de manera incomparable el amanuense de su pueblo!